

EL COLEGIO MILITAR Y EL MOTÍN DE LA ACORDADA

Miguel A. SANCHEZ LAMEGO
Academia Nacional de Historia.

CONOCIDO POR el general Guadalupe Victoria, presidente de la República, el estado desastroso que guardaba el Colegio Militar, establecido desde fines del año de 1823 en la fortaleza de San Carlos de Perote, por la lectura del informe rendido con fecha 29 de septiembre de 1827 por el entonces teniente coronel Ventura Mora, comandante de dicho punto fortificado y en consecuencia, director de aquel plantel educativo, decidió crear un nuevo centro de instrucción militar que funcionara precisamente en la capital de la República o en sus alrededores, para que no pudiera escapar a la vigilancia directa del presidente o del ministro de la Guerra y bajo la dirección de un personal competente y de capacidad indiscutible. Atendiendo a estas razones y conociendo la preparación científica y militar de algunos de los componentes del cuerpo de ingenieros del ejército, decidió que el nuevo Colegio Militar quedara bajo el gobierno de este cuerpo militar. Así se hizo por decreto de fecha 5 de noviembre del año de 1827.

Según el texto de este ordenamiento, el Arma de Ingenieros debería constituirse en nuestra patria con los tres organismos fundamentales siguientes: un Cuerpo de Jefes y Oficiales facultativos; un Cuerpo de Zapadores, Minadores y Pontoneros; y, un Colegio Militar, en el que se deberían instruir y formar, no sólo los oficiales de ingenieros, sino los de todas las otras armas del ejército.

Más tarde, según el artículo 15 del Reglamento de esta ley, cuyo documento fue expedido el 13 de marzo del año siguiente, se previno que el nuevo plantel de instrucción militar, debería establecerse "en la capital de la República o en sus alrededores", para que el Cuerpo de Zapadores sirviera de escuela práctica a los alumnos, particularmente a los que si-

guieran la carrera de ingeniero. Dificultades de orden presupuestal impidieron la inmediata creación del nuevo colegio, pero una vez iniciado el año fiscal 1828-1829 (el año fiscal se contaba en aquel tiempo, del 1º de julio de un año al 30 de junio del siguiente), se procedió a instalarlo por orden del 1º de julio del año de 1828, pasando su revista de entrada precisamente el día 7 de agosto siguiente.

La dirección del nuevo plantel correspondió al director general de ingenieros en funciones, que lo era el coronel de esa arma, Ignacio de Mora y Villamil, quien procedió desde luego a darle vida, proponiendo a los jefes y oficiales que deberían constituir el profesorado. En cuanto al personal de alumnos que formó el pie veterano, quedó compuesto, según informe del "Manual para el año de 1829", de Zúñiga y Ontiveros, por cincuenta individuos entre los cadetes de los diferentes cuerpos de tropa y muy particularmente de los de la artillería, aspirantes a ingeniero y paisanos.

Aun cuando el ministro de la Guerra había designado el convento de los betlemitas para que allí se estableciera el flamante plantel, mientras se llevaban a cabo las reparaciones y adaptaciones convenientes y necesarias para transformar el edificio de convento en escuela, el Colegio Militar comenzó a funcionar en el edificio de la ex-Inquisición, sito en la esquina que forman las calles que llevan los nombres de República del Brasil y República de Venezuela, donde además, funcionaba la Dirección General de Ingenieros.

A pesar de la buena voluntad que pusieron los dirigentes de la cosa pública en aquel entonces, no cabe duda que la época para el establecimiento del nuevo plantel militar fue mal elegida, pues al poco tiempo de iniciar su funcionamiento, los jóvenes educandos se vieron envueltos en el torbellino y desenfreno propios de las guerras civiles, presenciando pésimos ejemplos de indisciplina y deslealtad de parte de algunos jefes del ejército. Bien es cierto que los acontecimientos ocurridos en aquel entonces sirvieron para que esos bizarros cadetes, con su brillante y caballerosa actuación en esos momentos de prueba, cimentaran la tradición histórica de su plantel.

EN AQUEL MES DE AGOSTO ya citado, la pasión política se encontraba muy enconada, porque las ideas "socialistas" que se practicaban entonces con la máscara de la masonería, habían dividido ideológicamente al pueblo mexicano en general y a los oficiales del ejército en particular, al grado de constituir el pueblo entero, dos grandes partidos políticos: el escocés o aristócrata y el yorquino o plebeyo.

La situación, ya de por sí grave, en aquel mes se había agudizado aún, debido a la proximidad de las elecciones presidenciales que de acuerdo con la ley deberían tener lugar el 19 de septiembre siguiente y en las cuales se elegiría al sustituto del general Victoria en la Presidencia de la República, durante el cuatrenio 1828-1832. Los candidatos más importantes eran: por el partido escocés, el general Manuel Gómez Pedraza, ministro de Guerra, en funciones en el gabinete del presidente Victoria y por el partido yorquino, el ameritado jefe insurgente, general Vicente Guerrero.

Como estaba prevenido, las elecciones se efectuaron en la fecha antes dicha y antes de que se diera a conocer el cómputo final, ya sirvieron de pretexto para que el inquieto general Antonio López de Santa Anna, lanzara el grito de rebelión, "pronunciándose" en la ciudad de Jalapa la noche del 11 al 12 del ya citado mes de septiembre. Al frente de una parte de las tropas de la guarnición de esa ciudad, que logró seducir, salió de la población sin ser sentido por el resto de las fuerzas, dirigiéndose a marchas forzadas hacia el pueblo de Perote, adonde llegó la tarde de ese mismo día 12 y pasó inmediatamente a ocupar la fortaleza de San Carlos, gracias a la complicidad de los oficiales de su guarnición. Pocos días después, lanzó el manifiesto justificativo del movimiento rebelde, cuyo documento se conoce en la historia con el nombre de "Plan de Perote", por haber sido proclamado en este lugar. En dicho plan se desconocía la elección hecha en favor del general Gómez Pedraza, exigiendo se reconociera como presidente de la República al general Vicente Guerrero. Además, se pedía la inmediata expulsión de todos los españoles residentes en el país, so pretexto de que eran los causantes de los males nacionales, porque con su dinero fomentaban las revoluciones.

El gobierno general, al tener conocimiento de la sublevación, dispuso que se organizara una fuerte división de operaciones que puso bajo el mando del general Manuel Rincón, para que procediera a sofocar la revuelta; pero este jefe, siendo de carácter muy cauteloso, no operó con la prontitud que el caso requería, dando así tiempo a que el movimiento rebelde fuera secundado en otros puntos de la República, complicándose más la situación.

El general Santa Anna, que estaba sitiado en la fortaleza de Perote, deseoso de obtener un triunfo ruidoso, tal vez para que ello decidiera a los demás jefes del ejército a secundar su plan revolucionario, en vista de que el general Rincón no daba trazas de atacarlo, a pesar de sus constantes provocaciones, decidió finalmente salir a combatir, transformándose de atacado en atacante. Al efecto, el día 15 del mes de octubre siguiente, salió de la fortaleza y atacó furiosamente a las tropas gobiernistas en su campo de la Hacienda del Molino. La acción fue muy sangrienta y como el general rebelde no pudo expulsar de sus atrincheramientos a las tropas leales, tuvo que retirarse nuevamente al Castillo de San Carlos, sin siquiera conseguir que lo persiguieran las fuerzas del general Rincón.

Convencido de que no lograría el triunfo ruidoso que buscaba y deseoso de mejorar sus condiciones, decidió después llevar la guerra a otro teatro de operaciones, y para el efecto, el 19 de ese mismo mes de octubre, dejando una corta guarnición en la fortaleza, al frente de 600 hombres se dirigió hacia Tehuacán, siendo seguido tardíamente por el general Rincón. Más tarde, de este punto marchó hacia la ciudad de Oaxaca, donde se hizo fuerte. Hasta allí lo siguió el general Rincón y gracias a las disposiciones que adoptó este jefe, logró reducirlo a solo una parte de la ciudad; pero la lentitud de sus operaciones obligaron al gobierno a substituirlo, nombrando al general José María Calderón, quien continuó las operaciones esbozadas y emprendidas por su antecesor.

Mientras se desarrollaban estos acontecimientos, la revolución había encontrado adictos y prosélitos en algunos otros puntos del país, no escapando a esta corrupción, ni la guarnición de la propia ciudad de México. Así, la noche del 23 de

ese mismo mes de septiembre, es decir, pocos días después que se supo la sublevación del general Santa Anna, se escapó de la ciudad de México, encaminándose rumbo a Apam, la mayor parte de la fuerza que componía el 4º Regimiento de Caballería. El día 26 del mismo mes, el famoso rebelde permanente, Loreto Cataño, se pronunció en Amecameca. El 3 de octubre siguiente, gracias a las oportunas medidas tomadas por el gobierno, se evitó que una parte del 8º Regimiento de Caballería se fugara también de la capital de la República para unirse a los sublevados. Todavía, en esos días, lanzaron el grito de rebelión: el coronel Manuel Reyes Veramendi, en la Sierra de Monte Alto y el coronel Juan Álvarez, antiguo insurgente que había militado a las órdenes del general Guerrero, en la población de Acapulco.

Sin embargo, a pesar de todos estos brotes, para fines del mes de noviembre de ese mismo año, la revuelta estaba casi agonizante, pues la mayor parte del ejército permanecía leal al gobierno; pero el pronunciamiento llamado de la Acordada, ocurrido en la ciudad de México, cambió totalmente el aspecto de la situación, haciendo triunfar finalmente al movimiento rebelde.

LA TARDE DEL 30 DE NOVIEMBRE, el Batallón de Tres Villas, una de las corporaciones de mejor historial guerrero, acaudillada por su comandante, el coronel Santiago García, quien desempeñaba a la sazón el servicio de Jefe de Día; uno de los batallones cívicos de la milicia militar que mandaba el coronel José María de la Cadena y una brigada de artillería cívica, cuyo mando accidental lo tenía el entonces capitán Lucas Balderas, se "pronunciaron" en la ciudad de México, secundando el famoso "Plan de Perote". La asonada se inició precisamente a las 18 horas, con un disparo hecho con una pieza de artillería en la Inquisición, edificio que servía de cuartel a la dicha brigada de artillería, lo mismo que a los alumnos del Colegio Militar, como ya se ha dicho antes.

Gran estupor causó al presidente de la República y a su ministro de Guerra esta sublevación, y como por la sorpresa producida no se tomaron providencias inmediatas para sofo-

caria en su nacimiento, esa misma noche las fuerzas sublevadas se dirigieron a ocupar los edificios llamados de la Acordada y la Ciudadela, considerando que por su capacidad, solidez y excelente situación, así como por los pertrechos que encerraban, constituirían magníficos puntos de apoyo. Como el primero de estos dos edificios sirvió a partir de entonces, de cuartel general a los sublevados, el vulgo bautizó esta bochornosa revuelta, con el mote de "Revolución de la Acordada".

Conviene recordar aquí, en primer término, que el edificio denominado La Acordada, era una maciza edificación de mampostería de piedra que había venido sirviendo de cárcel, situada en lo que hoy se llama Avenida Juárez, formando el tramo de esta calle que queda comprendida entre las de Balderas y Humboldt; y que la llamada Ciudadela, aun cuando en realidad no era una obra fortificada de este tipo, pues fue construida para servir de fábrica de puros y almacén de tabaco, por la solidez de sus muros y techos, así como por la gran masa de su mampostería, fue utilizada desde la época virreinal, como depósito de municiones y pertrechos de guerra. En segundo término, conviene hacer constar que en aquel entonces ambos edificios se encontraban situados en despoblado, limitando el contorno poniente de la ciudad de México, pues las manzanas de casas no llegaban sino hasta la Alameda. Finalmente, en tercer lugar, que muchas de las calles que hoy existen, no se habían abierto aun.

El día primero de diciembre, el general José María Lobato, quien para entonces ya encabezaba el movimiento rebelde, en unión del señor Lorenzo de Zavala, ex gobernador del Estado de México, dirigió desde la Acordada un ultimátum al general Victoria, intimándolo para que cambiara desde luego su gabinete ministerial, nombrando secretario de Guerra al general Guerrero y para que expulsara inmediatamente a todos los españoles residentes en la República en el concepto de que, de no acceder a estas peticiones, se dirigirían las tropas sublevadas hacia el Palacio Nacional para obligarlo a satisfacer sus exigencias.

Naturalmente, el general presidente rehusó a dar satisfac-

ción a estas exigencias y mientras llegaban los refuerzos ya pedidos a las guarniciones de las ciudades cercanas a la capital de México, como Cuernavaca, Pachuca, etc., el general Gómez Pedraza se aprestó a la protección de la persona del Primer Mandatario, ocupando con las fuerzas leales los edificios que por su solidez o por su situación, podrían considerarse como buenos puntos de apoyo para la defensa.

Así, ante la atónita población civil de la ciudad de México, fueron ocupados y puestos en estado de defensa por los gobiernistas: el Hospital de Terceros (ubicado donde hoy se encuentra la oficina Central de Correos), el Convento de San Andrés (donde hoy está el edificio de la Secretaría de Comunicaciones), el de San Agustín (hoy Biblioteca Nacional), las iglesias de la Santa Veracruz, de San Francisco, del Colegio de Niñas y de la Profesa, el Colegio de Minería, la Catedral y otros edificios más. Por otra parte, fueron cubiertas, con sacos terreros u objetos similares, las bocacalles que conducían hacia la plaza de armas, conocida vulgarmente con el nombre de "zócalo". En resumen, se ocuparon los edificios altos de la parte central de la ciudad, tratando de cubrir el Palacio Nacional y se barricaron las avenidas de la Acordada y de la Ciudadela, constituyéndose además una reserva de tropas, que fue establecida en los patios del Palacio.

POR SER DOMINGO el día 30 de noviembre, fecha de la sublevación, la mayor parte de los educandos del Colegio Militar andaban fuera, de suerte que solamente presenciaron la asonada, aquellos cadetes que estaban de servicio o quienes de manera accidental se habían quedado en el plantel. Sin arriesgarse a tomar parte en el "cuartelazo", cuando la Brigada de Artillería del capitán Balderas abandonó el punto para dirigirse hacia la Ciudadela, ese corto personal de alumnos corrió a presentarse al Palacio Nacional, poniéndose a las órdenes del ministro de la Guerra.

Mientras tanto, el capitán de zapadores, Pedro Marcial Guerra, quien fungía como comandante de la compañía de alumnos del Colegio Militar, se presentó también en Palacio, poniéndose a la cabeza del grupo de cadetes que allí se encon-

traban, quienes pasaron la noche en los corredores del Palacio, en vivac de alarma.

Al día siguiente, es decir el 1º de diciembre, cuando fueron destinadas las tropas leales para cubrir los puntos que el gobierno consideraba como de algún valor táctico, la compañía de alumnos, que para entonces ya tenía su personal completo, pues se habían estado presentando todos los que estaban "francos", fue destinada a cubrir el servicio de guardia de la puerta de honor del Palacio Nacional, formando parte de la reserva que se puso a las órdenes del teniente coronel Ignacio Inclán, comandante del Batallón Activo de Toluca. Esta medida fue dictada por el general Gómez Pedraza, seguramente porque tomó en consideración que de los 50 alumnos existentes en el plantel, solamente 11 eran "paisanos", es decir, de procedencia civil, en tanto que los 39 restantes eran ya militares, pues tenían el grado de cadete y pertenecían a las diferentes corporaciones que componían entonces el ejército nacional.

A consecuencia de la disposición anterior, los alumnos relevaron la guardia de la puerta de honor que estaba proporcionada por personal del Batallón Activo de Toluca, y ese día y los subsiguientes, su personal cubrió el servicio con toda eficacia, llegando a desempeñar algunas otras comisiones de mayor riesgo, como se verá en los párrafos subsiguientes.

Ese día 1º de diciembre, transcurrió sin incidente notable, excepto que el general Vicente Filisola, comandante general del Estado y Distrito de México, tomó el mando de todas las tropas gobiernistas, inmediatamente después de su arribo a la ciudad de México, procedente de Tlalpan, donde había marchado con algunas fuerzas pocos días antes, pasando las tropas de cada bando a ocupar las posiciones que a su juicio eran más ventajosas, en tanto se cambiaban algunos oficios entre los jefes disidentes y el gobierno, tratándose de arreglar la cosa sin derramamiento de sangre.

Como no se llegó a ningún acuerdo pacifista, al día siguiente 2 de diciembre, los pronunciados rompieron las hostilidades tomando la iniciativa de las operaciones. Un poco después de las 12 horas, se lanzó el primer disparo de cañón desde la Acordada dirigido contra el Palacio Nacional, siendo

contestado inmediatamente por las baterías gobiernistas, enablándose desde entonces un vivo cañoneo que no rebajó de intensidad sino hasta unas dos horas después para reanudarse de las 16 a las 18 horas, momento a partir del cual decreció poco a poco hasta acallarse al cerrar la noche. Gran número de proyectiles de artillería tocaron el Palacio Nacional, así como algunos de los edificios ocupados por las tropas leales, causando con las explosiones algunos muertos y heridos entre los defensores y deterioros en los edificios.

Al amanecer del día 3, se renovaron los fuegos de artillería con gran intensidad, causándose mayores estragos aún que el día anterior y después de este nutrido cañoneo, creyendo los revoltosos que la preparación de artillería era suficiente, lanzaron sus columnas de ataque. La primera, partiendo de la Acordada, se dirigió hacia la actual calle de Francisco I. Madero, siendo detenida por los defensores del Convento de San Francisco y contraatacados más tarde por la reserva al mando del teniente coronel Inclán, quien combatió furiosamente con ellos en la Alameda, obligándolos a encerrarse nuevamente en la Acordada. La segunda, partiendo de la Ciudadela, se dirigió hacia el zócalo por las calles que actualmente llevan el nombre de Venustiano Carranza, viniendo a chocar contra los gobiernistas que ocupaban la iglesia del Colegio de Niñas (esquina de V. Carranza y Bolívar), quienes lograron rechazar el ataque, haciendo retroceder a los facciosos y quitándoles una pieza de artillería. Después de este fracasado intento, el fuego decreció por ambas partes hasta cesar completamente al caer la noche.

A pesar del doble triunfo gobiernista del día 3, la moral de los sublevados era mejor cada hora que pasaba, debido a que cada momento se presentaban nuevos contingentes secundando el movimiento (el 8º Regimiento de Caballería se unió a los sublevados el día 1º), en tanto que la moral de los leales estaba deprimida, porque prevían una larga lucha de barricadas, ya que ni el general Filisola, ni el ministro de la Guerra, ni el general Victoria, se decidían por emprender un ataque decisivo.

Tal vez previendo el desenlace que tendría la asonada, el

general Gómez Pedraza, manzana de la discordia de la revolución, la noche del 3 al 4 de diciembre renunció a su cargo de ministro de la Guerra, huyendo desde luego de la ciudad de México y dirigiéndose hacia el Estado de Jalisco, con lo que agravó aún más la situación moral de los gobiernistas. La descripción de la situación, así como la narración de los acontecimientos que siguieron, las expone magistralmente un testigo ocular, el general D. José María Tornel y Mendivil, en su obra titulada: *Breve reseña histórica de los acontecimientos más notables de la Nación Mexicana, desde 1821 hasta nuestros días*; del cual me permito copiar a continuación, algunos de sus párrafos:

Muy de mañana, en el día 4, se divulgó en Palacio y en seguida en toda la ciudad, la fuga del general Gómez Pedraza y como era natural, el desaliento, la confusión y el desorden, se manifestaron inequívocamente en las tropas del gobierno, a la vez que los sublevados celebraron con gritos de alegría un suceso que les anunciaba la mayor probabilidad de su victoria. El presidente y el general Filisola dispusieron que se rompieran de nuevo los fuegos, a fin de desvanecer impresión tan desventajosa y fueron correspondidos con vigor, multiplicándose las víctimas y los desastres.

Tratando de aprovechar el desconcierto reinante entre las tropas leales, los pronunciados emprendieron un nuevo ataque, siendo acompañadas las tropas por un gran número de gente del pueblo que los estimulaba con sus gritos...

Fueron recibidos con serenidad por los defensores, *pero sin saberse ni cómo, ni porqué*, el Hospital de Terceros, el Colegio de Minería y otros edificios fueron de repente abandonados. Muy regular fue la defensa del Convento de San Francisco y heroica la resistencia que opuso la guarnición del Convento de San Agustín, pero al fin las fuerzas rebeldes lograron progresar hacia la Plaza de Armas...

Viendo el General Victoria el progreso realizado por el enemigo, como aquello de las 12 horas, ordenó que se concentraran todas las fuerzas disponibles en el "zócalo", cubriéndose las bocacalles de Plateros (hoy Francisco I. Madero), del Arquillo (hoy Avenida del 5 de Mayo), de Tlapaleros (hoy 16 de Septiembre), de la Monterilla (hoy 1ª del 5 de Febrero) y del Pasaje de la Diputación (hoy primer tramo de la Avenida 20

de Noviembre), siendo enviado algún personal del Colegio Militar para hacer los trabajos relativos a la barricada establecida en la primera de estas bocacalles, lo que ejecutaron los cadetes bajo el fuego del enemigo, estando a las órdenes directas del capitán Pedro Marcial Guerra.

Antes de que se concluyeran estos trabajos, las fuerzas disidentes se lanzaron al ataque de las barricadas, ocupándolas con relativa facilidad, por lo que las pocas tropas que aún permanecían leales al gobierno (300 ó 400 hombres), entre los que se contaban los alumnos del Colegio Militar, fueron concentradas en el Palacio y en el edificio de la Universidad.

El general Lobato, al frente de una columna, hizo irrupción a la plaza de Armas por la calle del Arquillo, emplazando desde luego una pieza de artillería con la que empezó a batir la puerta principal del Palacio; mientras que otra columna rebelde desembocó por el Pasaje de la Diputación, después de ocupar la iglesia de San Bernardo. Ambas tropas venían acompañadas de una inmensa chusma de gente del pueblo que lanzaba gritos ensordecedores.

El general Victoria consideró, a partir de aquel momento, que la cosa estaba perdida por completo, por lo que envió inmediatamente al coronel José María Tornel para que hablara con el general Lobato a efecto de obtener un armisticio, sobre la base de salvar la vida de los defensores del gobierno concentrados en Palacio y en la Universidad. Como a las 15 horas, el fuego se suspendió, viéndose obligado el presidente a dirigirse a la Acordada para conferenciar con el señor Zavala, desencadenándose en aquellos momentos la furia de la plebe, cuyos individuos se dieron a saquear e incendiar las tiendas que se hallaban en el Parián, edificio que ocupaba una buena parte de la zona sur de la actual Plaza de la Constitución. Este pasaje de la asonada, lo relata en los términos siguientes el señor José María Tornel en su obra ya citada:

Mientras el General Victoria atravesaba a caballo las calles de San Francisco, numerosos grupos de insolente plebe forzaba las puertas del Parián, sin defensa alguna, desde que el general Filisola huyó con unos cuantos dragones en dirección de Puebla.

Entonces comenzó el saqueo del edificio, o llámese bazar, que

por más de un siglo fue el emporio del comercio de Nueva España y que, aun en su estado de decadencia encerraba un valor en numerario y efectos, que hacían subir a la enorme suma de dos y medio millones de pesos... El empeño en azucar al pueblo contra los españoles, había producido sus efectos, y como eran ellos los propietarios del mayor número de los cajones del Parián, fácil fue a los instigadores marcarlos como botín de la inmoral guerra de que era presa la infeliz ciudad...

Este saqueo fue reprimido más tarde por las propias fuerzas sublevadas, pero todavía el día 5 "una parte del Parián estaba ardiendo y el resto era la viva imagen de la desolación..."

A consecuencia de las pláticas habidas, el general Victoria se plegó a las exigencias de los rebeldes, por lo que rindieron sus armas las tropas defensoras, pasando ese mismo día 4 a acuartelarse en sus respectivos alojamientos. El día 8, el general Guerrero fue nombrado ministro de la Guerra en lugar del general Gómez Pedraza; pero siete días después fue sustituido por el general Francisco Moctezuma, lográndose restablecer completamente el orden en la ciudad hasta fines del mes.

El general Filisola, que había huido a Puebla abandonando al presidente de la República, como ya se dijo antes, a pesar de haber recibido orden de éste de no ejecutar acciones en contra del Gobierno, de acuerdo con el comandante general del Estado de Puebla, general Melchor Múzquiz, procedió a organizar una columna de tropas para enviarla contra los pronunciados de la capital, tratando de libertar al general Victoria, a quien consideraba estar en calidad de prisionero de los rebeldes. Sabedor de ésto el general presidente, después de nombrar al general Lobato comandante general del Estado y Distrito de México, en substitución del general Filisola, lo envió con una fuerte división de tropas a Chalco, para allí cortar el avance de los generales Filisola y Múzquiz, en caso de que éstos se dirigieran hacia la capital de México.

Según lo antes dicho, todo parecía indicar como que la guerra se prolongaría aún, pero la noche del 24 de ese mes de diciembre, el 7º Regimiento de Caballería, con el que había marchado desde México el general Filisola, se pronunció por

el "Plan de Perote" y al día siguiente todo el resto de las fuerzas de la guarnición de Puebla secundaba el movimiento, poniendo presos a los generales Filisola y Múzquiz.

A PARTIR DE ENTONCES el movimiento revolucionario cundió como reguero de pólvora entre las otras corporaciones del ejército, llegando hasta las filas de la división del general Calderón, quien a consecuencia de los sucesos de Puebla, se vio en la necesidad de levantar el sitio de Oaxaca, replegándose hacia Puebla, en tanto que el general Santa Anna, gozoso por el triunfo de su tenacidad, se dirigió a Jalapa para tomar nuevamente posesión de su cargo de vicegobernador del Estado de Veracruz.

Días más tarde, al finalizar el mes, el movimiento revolucionario se esparció por todo el resto del país, iniciándose el año de 1829, con una completa paz nacional y concluyendo la llamada "Revolución de la Acordada". En enero del citado año de 1829, el Congreso declaró presidente de la República al general Guerrero y vicepresidente al general Anastasio Bustamante, quienes tomaron posesión de sus cargos el mes de abril siguiente. Así terminó ese movimiento rebelde que puede considerarse como el primer "cuartelazo efectivo" ocurrido en la ciudad de México, el cual costó, según relatos de la época, unos 2 000 hombres, entre muertos y heridos y cerca de \$ 2 000 000 00 de pérdidas.

Por su parte, los alumnos del Colegio Militar, después de haber combatido desde las ventanas y azoteas del Palacio Nacional hasta las 15 horas del día 4 de diciembre, fueron acuartelados en su edificio de la ex-Inquisición, según consta en la copia del oficio siguiente, cuyo original se haya en el Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, permaneciendo en su cuartel el resto del mes sin ningún incidente, reanudando sus actividades estudiantiles en los primeros días del mes de enero del siguiente año.

El oficio a que antes hemos hecho referencia, dice así:

Dirección General de Ingenieros.

Exmo. Sor.

Los Oficiales de Ingenieros y los alumnos del Colegio Militar,

según las órdenes que se han comunicado de la Plaza, están presentados en el Cuartel; y lo comunico a V.E. para el debido conocimiento del Sor. Presidente.

Dios y Libertad.

México, diciembre 5 de 1828.

Ignacio de Mora.—(Rúbrica)

Exmo. Sor. Ministro de la Guerra.

Según el "Manual" de Zúñiga y Ontiveros, para el año de 1829, en el novel Colegio Militar existían, seguramente en diciembre del año anterior, 64 alumnos (6 Tenientes, 8 Subtenientes, 39 Aspirantes y 11 paisanos), los cuales tuvieron que haber tomado parte en el hecho que se ha narrado.